

—¡Ah! ¡en eso reconozco su generosidad! exclamó Vanda. ¡Qué corazón tan noble tiene usted!... Su madre debe estar orgullosa de usted.

Y se detuvo como si hubiese sentido dolores en el corazón.

—Le juro á usted que no sé nada, dijo Godofredo.

—¡Ah! ¿no sabe usted nada?

—No, y si no podemos hablar de ello delante del barón Bourlac, dijo Godofredo, cuénteme usted ahora lo que pasó.

—Creo que le he dicho á usted ya, repuso Vanda, que está empleado en la Audiencia por el procurador general, que le demuestra un gran cariño. No estuvo más que cuarenta y ocho horas en la Conserjería, albergándose en casa del director de la cárcel. El buen doctor, que no encontró la hermosa y sublime carta de Augusto hasta por la noche, retiró su queja, y por intervención de un antiguo presidente de la Audiencia real, á quien mi padre no había visto nunca, el procurador general hizo anular el proceso y la orden de prisión. En fin, que no existe ninguna huella de este proceso más que en mi corazón, en la conciencia de mi hijo y en la cabeza de su abuelo, el cual, desde este día, habla de *usted* á Augusto y lo trata como si fuera un extraño. Ayer mismo, Halpersohn le pedía gracia para su nieto; pero mi padre, que me niega eso á mí, á quien tanto quiere, le respondió: «Usted es el robado, y puede y debe perdonar; pero yo soy responsable del ladrón... y cuando era procurador general no perdonaba nunca.» «Matará usted á su hija», le dijo Halpersohn, á quien yo escuchaba. Mi padre guardó silencio.

—Pero ¿quién les ha socorrido á ustedes?

—Un señor que creemos que estaba encargado por la reina de colmarnos de favores.

—¿Cómo es? preguntó Godofredo.

—Es un hombre alto, seco, solemne y triste como mi padre... El fué el que hizo transportar á mi padre

á la casa en que estamos, cuando sufrió el ataque de fiebre. Figúrese usted que cuando mi padre estuvo restablecido, me sacaron de la casa de salud y me trasladaron aquí, encontrándome en mi cuarto como si no hubiese salido nunca de él. Halpersohn, á quien ese señor alto supo seducir no sé cómo, me contó entonces todo lo que mi padre había sufrido. Me dijo también lo de los diamantes de mi tabaquera: ¡y mi padre y mi hijo sin pan la mayor parte del tiempo, y haciéndose los ricos delante de mí!... ¡Oh! ¡don Godofredo! ¡esos dos seres son unos mártires! ¿Qué puedo yo decir á mi padre? Entre mi hijo y él, yo no puedo hacer más que sufrir por ellos, como ellos han sufrido por mí.

—Y ese señor alto, ¿no tiene así cierto aire militar?

—¡Ah! ¡ah! usted le conoce, gritó Vanda cuando estaban en la puerta de su casa.

Y, cogiendo á Godofredo por la mano con el vigor de una mujer cuando experimenta un ataque de nervios, lo arrastró tras sí á un salón cuya puerta se abrió, y gritó:

—¡Padre mío! don Godofredo conoce á tu bienhechor.

El barón Bourlac, á quien Godofredo vió vestido como debía estarlo un magistrado de eminente rango, se levantó, tendió la mano á Godofredo y le dijo:

—¡Me lo sospechaba!

Godofredo hizo un gesto de negación; pero el procurador general no le dejó tiempo para hablar.

—¡Ah! caballero, dijo continuando, sólo la Providencia es más poderosa, el amor más ingenioso y la maternidad más clarividente que sus amigos de usted, que tienen algo de estas tres grandes divinidades... Bendigo á la casualidad que nos ha proporcionado su encuentro de usted, porque don José desapareció para siempre, y como que se escapó de todos los lazos que yo le tendí para saber su verdadero nombre

y su morada, me moriría de pesar... Tenga usted, lea su carta. Pero ¿le conoce usted?

Godofredo leyó lo siguiente:

«Señor barón Bourlac: Las sumas que, por orden de una dama caritativa, hemos gastado con usted, ascienden á quince mil francos. Tome usted nota, para devolver esa cantidad, ya usted ó ya sus descendientes, cuando la prosperidad de su familia lo permita, pues son bienes de los pobres. Cuando esa restitución sea posible, coloque usted esa suma, de que es usted deudor, en casa de los hermanos Mongenod, banqueros. ¡Que Dios le perdone á usted sus faltas!»

Cinco cruces formaban la misteriosa firma de esta carta, que Godofredo devolvió.

—¡Y están las cinco firmas! dijo hablando consigo mismo.

—¡Ahl señor, dijo el anciano, usted que lo sabe todo y que ha sido el enviado de esa dama misteriosa, dígame su nombre.

—¡Su nombre! exclamó Godofredo, ¡su nombre! ¡Desgraciado! no lo pregunte usted nunca ni quiera saberlo. ¡Ahl señora, dijo Godofredo tomando entre sus temblorosas manos la mano de la señora de Mergí, si quiere usted que su padre no pierda la razón, haga que siga en la ignorancia y que no se permita dar el menor paso.

Un profundo asombro se apoderó del padre, de la hija y de Augusto.

—¿Pues quién es? preguntó Vanda.

—La que ha salvado á su hija, repuso Godofredo mirando al anciano, la que se la ha devuelto joven, fresca, hermosa y reanimada, la que la ha sacado de la tumba, la que le ahorra á usted la infamia de su nieto, la que le ha proporcionado á usted una vejez feliz y honrosa, la que les ha salvado á ustedes tres...

Al llegar aquí se detuvo un momento.

—¡Es una mujer á quien, siendo inocente, mandó usted á presidio por veinte años, exclamó Godofredo dirigiéndose al barón Bourlac; á quien prodigó usted, durante el ejercicio de su ministerio, las más crueles injurias, cuya santidad insultó usted, y á quien acabó usted por arrancar una hija deliciosa, enviándola á sufrir la más espantosa de las muertes, pues fué guillotina...

Godofredo, al ver que Vanda caía desmayada en un sofá, saltó al corredor, y de éste al paseo de Antín, y empezó á correr cuanto pudo.

—Si quieres tu perdón, dijo el barón Bourlac á su nieto, sigue á ese hombre y averigua dónde vive.

Augusto salió como una flecha.

Al día siguiente, á las ocho y media de la mañana, el barón Bourlac llamaba á la puerta amarilla de la posada de la Chanterie y preguntaba por esta señora al conserje, el cual le mostró la puerta de entrada. Felizmente era la hora del almuerzo, y Godofredo vió al barón en el patio por una de las claraboyas que daban luz á la escalera; no tuvo tiempo más que para bajar, entrar en el salón donde estaban todos los comensales, y gritar:

—¡El barón Bourlac!

Al oír este nombre, la señora de la Chanterie, sostenida por el abate de Veze, se metió en su cuarto.

—¡No entrarás, engendro de Satán! exclamaba Manón, que reconoció al procurador general y que se puso delante de la puerta del salón. ¿Vienes á matar á la señora?

—Vamos, Manón, deje usted pasar á ese caballero, dijo el señor Alain.

Manón se sentó en una silla, como si las dos piernas le hubiesen faltado á la vez.

—Señores, dijo el barón con voz excesivamente conmovida, reconociendo á Godofredo y á don José y saludando á los otros dos, la caridad da derechos á los socorridos.

—Caballero, usted no nos debe nada, dijo el buen Alain, lo debe usted todo á Dios.

—Ustedes son unos santos, tienen ustedes la calma de los santos y me escucharán, dijo el antiguo magistrado. Yo sé que los beneficios sobrehumanos que llueven sobre mí hace diez y ocho meses, son obra de una persona á quien he ofendido gravemente cumpliendo con los deberes de mi cargo; han sido precisos quince años para que yo reconociese su inocencia, y estos son, señores, los únicos remordimientos que tengo del ejercicio de mis funciones. Escúchenme ustedes: me queda poco que vivir, pero perderé esa poca vida tan necesaria aún á mis hijos, salvados por la señora de la Chanterie, si no puedo obtener de ella mi perdón. Señores, permaneceré en el atrio de Notre-Dame de rodillas hasta que ella me haya dicho una palabra... La esperaré allí... Besaré donde ella pise, y tendré lágrimas para enternecerla, yo á quien las torturas de mi hija han secado como si fuese una paja...

La puerta del cuarto de la señora de la Chanterie se abrió, y el abate Veze salió por ella como una sombra, y dijo á don José:

—Esa voz está matando á la señora.

—¡Ah! ¡está ella ahí! ¡pasa ella por aquí! dijo el barón Bourlac.

Y cayó de rodillas, besó el suelo, se deshizo en lágrimas, y, con voz desgarradora, gritó:

—¡En nombre de Jesús, muerto en la cruz, perdóneme usted, perdóneme usted, pues mi hija ha sufrido mil muertes!

El anciano estaba de tal modo agobiado, que los espectadores, conmovidos, le creyeron muerto.

En este momento, la señora de la Chanterie apareció como un espectro en la puerta de su cuarto, en la que se apoyaba desfallecida, y exclamó:

—Por Luis XVI y por María Antonieta, á quienes

veo en el patíbulo, por doña Isabel, por mi hija, por la vuestra, por Jesús, os perdono...

Al oír estas últimas palabras el antiguo procurador levantó los ojos y dijo:

—¡Sólo los ángeles se vengan de ese modo!

Don José y don Nicolás levantaron al barón Bourlac y lo acompañaron hasta el patio; Godofredo fué á buscar un coche, y cuando llegó con él, don Nicolás acompañó al anciano, y una vez que estuvo dentro, le dijo:

—Señor, no venga usted más por aquí, porque mataría también á la madre; pues aunque el poder de Dios es infinito, la naturaleza humana es limitada.

Aquel mismo día, Godofredo fué admitido en la orden de los hermanos de la Consolación.

Wierzchowina-Ukraine, diciembre de 1847.